

3 - EL COMIENZO DE LAS RELACIONES SOCIALES - PARTE 1

3.1. EL COMIENZO DE LAS RELACIONES SOCIALES

El hombre es ante todo un animal social, y la vida humana, tal y como la entendemos hoy, sería imposible si los otros no existieran. Casos como la historia de Robinsón Crusoe, el personaje de la famosa novela de Daniel Defoe que sobrevive solo durante años en una isla antes de encontrar a “Viernes”, lo que vienen a mostrar es la necesidad que tenemos de los otros y la precariedad de la vida de una persona que no se relaciona con los demás. Robinsón, además puede sobrevivir porque ha adquirido previamente todas las capacidades del adulto e incluso ha conservado muchas de las producciones de la sociedad a través de los restos salvados en el naufragio.

En el caso del niño, el aislamiento tiene efectos más patéticos todavía porque no puede llegar a desarrollarse y convertirse en un adulto sin los demás adultos, y además la investigación reciente ha mostrado que la compañía y el cariño de los otros es algo tan necesario para el desarrollo como la alimentación, y que, por tanto, se encuentra entre las necesidades básicas.

En la mitología y la literatura hay ya historias sobre niños que se han criado en aislamiento, amamantados por animales, como Rómulo y Remo, los fundadores mitológicos de Roma, que sobrevivieron gracias a los cuidados de una loba. Esas historias ponen de manifiesto precisamente lo excepcional o milagroso de esas situaciones.

En épocas más recientes se han ido recogiendo casos de “niños lobos”, “niños salvajes”, seres con profundas privaciones sociales, situados entre los hombres y los animales. Aunque los datos de que se dispone respecto a la mayoría de los casos no son completamente fiables, casi todas las historias de estos seres (entre las que se cuentan las de Víctor de l’Aveyron, plasmada por Truffaut en la película El Niño Salvaje, y la de Kaspar Hauser, que ha dado lugar a la película de Herzog del mismo título) muestran que esos niños o adolescentes, encontrados tras largos años de vida en condiciones precarias y de gran aislamiento, tenían una conducta muy alterada, muy lejos de los logros de sus compañeros de edad, y que el daño era en su mayor parte irreparable.

Gran parte del éxito adaptativo del hombre, hay que atribuirlo, sin duda, a su gran capacidad para cooperar y quizá también para competir de una manera positiva con otros hombres. El ser humano no sólo puede vivir como sus parientes animales con congéneres en grupos, sino que puede cooperar estrechamente con otros en la realización de tareas y, además, puede mantener vínculos sociales a lo largo de grandes períodos de tiempo con individuos que están alejados. Su capacidad social se apoya, en este caso, en su desarrollo intelectual y nuevamente la conexión entre ambas cosas es muy estrecha.

Podemos pensar que el desarrollo social y las relaciones con otros hacen posible la asimilación de la cultura, y contribuyen poderosamente al desarrollo intelectual, pero a su vez, esto es lo que hace posible el mantenimiento de relaciones sociales muy extensas en un marco que desborda, completamente, las relaciones inmediatas.

Los hombres pueden relacionarse con individuos del pasado a través de vestigios de textos escritos, de objetos, y también pueden mantener comunicación con otros individuos que están alejados en el espacio apoyándose para ello en la representación. El hecho de que el hombre nazca inmaduro exige, además, la presencia de adultos que se ocupen y satisfagan las necesidades de la cría durante largo tiempo. Esta situación no es única, sino que es compartida con otros primates, aunque en el caso del hombre la relación sea más prolongada. Así pues, la capacidad para establecer y mantener vínculos sociales es un aspecto muy importante del desarrollo humano, y es comprensible que a lo largo de la evolución se hayan seleccionado conductas que favorezcan el contacto y la cooperación con otros seres humanos.

Harlow y Harlow han distinguido en los primates cinco sistemas afectivos distintos que pueden estudiarse

separadamente. Esos sistemas afectivos son:

- 1) El maternal o materno-filial, es decir, las relaciones que se establecen entre la madre y la cría.
- 2) El sistema afectivo filio-maternal, que es la relación que se establece entre la cría y la madre y que hay que considerar separadamente, porque no es una relación simétrica con la anterior, sino una relación que puede considerarse como recíproca.
- 3) El sistema afectivo de los compañeros de edad o camaradas, que desempeña un importante papel en la segunda fase del desarrollo.
- 4) El sistema afectivo sexual y heterosexual, que da lugar a las conductas sexuales adultas que sirven entre otras cosas para la procreación.
- 5) El sistema afectivo paterno, que produce respuestas positivas de los machos adultos hacia las crías y jóvenes.

Naturalmente, las relaciones entre estos distintos sistemas son estrechas y probablemente sirven a una finalidad común.

Aunque existen diferencias entre unas especies y otras, también hay considerables similitudes que podrían llevarnos a suponer que hay componentes determinados biológicamente en esas conductas.

3.2. LA NECESIDAD DEL CONTACTO SOCIAL

Así pues, parece claro que para sobrevivir el niño necesita de los demás, necesita adultos que se ocupen de él y satisfagan sus necesidades más elementales. Cuando tiene algún malestar, hambre, sueño, dolor, calor, frío, está en una mala postura, etc., se produce una reacción refleja de llanto. No es que el niño esté llamando a nadie, pero es probable que en las proximidades del bebé haya un adulto, porque no es costumbre dejar a los bebés abandonados durante mucho tiempo. El llanto va a tener como efecto que el adulto se acerque y trate de confortar al bebé, eliminando, en la medida de lo posible, la fuente de malestar.

A lo largo de la evolución se han seleccionado conductas beneficiosas para la supervivencia de los individuos y de la especie; las llamadas del niño para pedir ayuda y contacto y luego para interaccionar con los adultos, así como el interés de éstos y sus respuestas a las demandas del niño, forman parte de esas conductas.

Konrad Lorenz, el destacado investigador del comportamiento animal, ha señalado que existen unos rasgos infantiles en las crías que sirven para desencadenar en los adultos respuestas paternas y que los adultos tienen una predisposición innata para atender a las crías.

El aspecto infantil se caracteriza por una cabeza muy grande frente a un cuerpo pequeño, con una gran frente abultada, unos ojos proporcionalmente muy grandes situados muy abajo en relación con la frente, barbilla poco abultada y, en general, rasgos suaves y redondeados. Estos rasgos están presentes en muchas especies, y también se aplican al hombre.

Esa propensión favorable hacia las crías se manifiesta especialmente en los animales que están criando, y sirve para garantizar las atenciones que necesitan. En los hombres es bastante marcada, a todos nos gustan las crías, y no sólo de nuestra propia especie.

La predisposición favorable es muy utilizada por los fabricantes de muñecos, que exageran los rasgos

infantiles, y también en las ilustraciones de cuentos y en las películas animadas con esos simpáticos personajes que atraen a niños y adultos, como el ratón Mickey o los pitufos.

El niño responde al cuidado que se le presta y muy pronto empieza a establecer relaciones con las personas con las que está en contacto. Eso no quiere decir que diferencie e identifique a las personas desde el principio. Posiblemente hay un interés inicial por las personas porque son fuentes privilegiadas de estimulación, mucho más versátiles que las cosas. Las personas producen estímulos de varios tipos, visuales, sonoros, táctiles, etc., y además son iniciadoras de acciones. Esto necesariamente tiene que interesar al niño que es un buscador de estimulación.

Algunos autores defienden que los bebés tienen una “disposición” social, que les hace responder y reconocer de alguna manera a las personas desde el principio. No puede afirmarse con total certidumbre que no sea así, pero las pruebas a favor no resultan muy claras. En múltiples campos del desarrollo se ha ido descubriendo que el hombre no dispone al nacer de capacidades muy especializadas, sino otras muy generales que se van especializando gracias al contacto con el medio y los intercambios con los otros.

Por ello parece que el niño no empieza identificando y diferenciando a unas personas de otras y quizá ni siquiera de los objetos. Lo que empieza reconociendo son situaciones que se han producido anteriormente en su corta vida, situaciones de las que forman parte también las personas. Reconoce la situación de la alimentación, del baño, o del cambio de pañales, y dentro de ellas reconoce también las posiciones en que se le coloca para mamar o para bañarle, lo cual le va a permitir pronto anticipar lo que va a suceder.

3.2.1. Hitos en el establecimiento de las primeras relaciones sociales

Hay una serie de fenómenos que ponen de manifiesto el progreso social desde momentos tempranos del desarrollo. Durante el segundo mes de vida se produce la sonrisa social, que va unida a un interés por las personas. La sonrisa aparece desde muy pronto, pero sólo es hacia las cuatro o seis semanas cuando empieza a manifestarse como una respuesta a estímulos externos (antes lo es sobre todo a estímulos internos, a la sensación de bienestar, es la denominada sonrisa fisiológica) y poco a poco va asociándose con estímulos sociales y con la cara humana.

Hacia esta época también se produce un interés por las personas como fuentes de estímulo privilegiadas, aunque probablemente todavía no exista un reconocimiento de las personas en cuantos tales y sobre todo una diferenciación entre ellas.

Hacia los siete u ocho meses (tomando siempre estas edades como una mera referencia), se produce un conjunto de hechos que señala un paso adelante. Hacia esa edad se forman lazos más estrechos con una o varias personas específicas, en particular con la madre o la persona que cuida más permanentemente al niño. Pero además se produce lo que se llama la ansiedad por la separación, es decir, manifestaciones claras de disgusto cuando se produce una separación. Si la separación se prolonga, el niño cae en un estado de ansiedad, de disgusto, de agitación y tanto las separaciones como los reencuentros tienen un marcado carácter emocional.

Se ha señalado que, si los niños se separan antes de esta edad, como por ejemplo para ser adoptados en otro medio familiar, se pueden producir ciertos desajustes debidos al cambio de prácticas y de rutinas pero que no son comparables con los efectos que tienen las separaciones posteriores a partir de los siete u ocho meses. Ello sería debido a que todavía no se han formado los apegos.

Un tercer hecho notable que se produce hacia esta edad es el miedo a los extraños, que antes no se producía. Los niños de pocos meses pueden ser cogidos y responden igualmente bien a diferentes personas, pero a partir de los siete u ocho meses se empiezan a manifestar reacciones de disgusto y de rechazo hacia las personas desconocidas y tendencia a orientarse hacia las personas conocidas, con las que haya apegos, si están presentes.

Todos estos hechos anteriores constituyen una serie de señales importantes en el establecimiento de las

relaciones con otros que han sido señaladas por los psicólogos. Hay que señalar que el niño aprende de la regularidad de los acontecimientos. Cuando las cosas se producen siempre de una misma manera, cuando los acontecimientos se desarrollan con un cierto orden constante, el niño tiene muchas más posibilidades de adecuar su conducta y también de realizar anticipaciones, produciendo esa adecuación incluso antes de que los acontecimientos tengan lugar.

Generalmente, los adultos se comportan de una manera regular en las rutinas del cuidado del niño, en darle de comer, limpiarle, interactuar con él, calmarle, etc. Esa constancia resulta entonces muy importante para el desarrollo.

Las expresiones emocionales

Los seres humanos no nos encontramos siempre en la misma situación anímica, sino que vemos alterados nuestros estados de ánimo cuando suceden ciertas cosas a nuestro alrededor, es decir, experimentamos emociones, como la alegría, el miedo, la tristeza o la ira. Cuando se produce un acontecimiento que tiene una especial significación para nosotros, experimentamos cambios en nuestro estado emocional, lo que facilita nuestras reacciones en esos momentos. Además, sirven para comunicarlas a los demás pues se manifiestan de diferentes maneras, en la expresión del rostro, en movimientos, en vocalizaciones y también producen alteraciones fisiológicas, como alteraciones en el ritmo cardíaco, segregar determinadas hormonas, entre otras.

Hacia la mitad del siglo XIX, Charles Darwin se interesó por el estudio de las emociones, pues le llamó la atención la semejanza entre las expresiones emocionales en distintos países, entre hombres de distintas razas e incluso entre hombres y animales, y supuso que tienen un importante valor adaptativo para la supervivencia de los individuos, pues ponen en marcha en un nivel muy básico, sin necesidad de tomar conciencia de ello, y que son respuestas adecuadas a la situación.

Las emociones tienen también un gran valor comunicativo. La alegría nos permite alcanzar nuestro objetivo con más vigor y manifiesta a los otros el placer que la situación nos proporciona, la tristeza favorece el interés de los demás y provoca conductas de ayuda en los otros, la ira aumenta la energía en situaciones molestas. A través de las expresiones emocionales los demás saben en qué estado nos encontramos y pueden adoptar la conducta apropiada.

Aunque Charles Darwin, autor del famoso libro *La Expresión de las Emociones en los Animales y en el Hombre*, realizó una valiosa contribución al estudio de las emociones, y otros psicólogos se interesaron por esos estudios. En épocas más recientes, el estudio de las emociones ha permanecido estancado. Una de las razones por la que esto ha sucedido, es porque las emociones son algo íntimo, interno, privado y resultan difíciles de estudiar. Sin embargo, a partir de los años setenta, se han empezado a utilizar métodos más precisos para estudiar las emociones, y entre ellos, el análisis detallado de las expresiones faciales. Autores como Ekman y Friesen; Ekman y Oster e Izard, entre otros, han diseñado sistemas para analizar las expresiones faciales emocionales en sus componentes. La cara posee 18 músculos faciales superficiales y cinco profundos que intervienen de distinta manera para dar una determinada expresión, y cada emoción tiene unos componentes específicos.

El sistema de Ekman consiste en analizar el movimiento de los distintos músculos, y de esa manera, se puede determinar con exactitud cuál es la expresión.

Gracias a estos procedimientos se ha podido comprobar con precisión que las expresiones emocionales son comunes a todos los seres humanos y se han tratado de detectar expresiones emocionales básicas. Aunque hay ciertos desacuerdos entre distintos autores, hay un gran acuerdo para considerar la alegría, tristeza, ira, miedo, sorpresa, desagrado e interés, como emociones básicas. La tristeza dirige un estado negativo hacia el propio sujeto, mientras que la ira o rabia que se manifiesta ante una frustración, dirige los efectos hacia el exterior, tratando de eliminar los obstáculos. El miedo/terror es una anticipación de un peligro y se manifiesta en la evitación y la huida.

En el bebé que todavía no puede hablar, las emociones tienen una enorme utilidad para establecer la comunicación con los demás y para informar a los otros de sus necesidades. Puede esperarse entonces

que la aparición de las emociones dependa del momento en que pueden desempeñar una función adaptativa. Hasta hace poco, se suponía que los recién nacidos tienen una única expresión emocional, un estado de excitación indiferenciado, del que se irían distinguiendo emociones específicas.

Sin embargo, los recién nacidos diferencian los sabores y lo manifiestan mediante diferentes expresiones y también producen llantos diferenciados. Hoy se tiende a suponer que el interés, disgusto y malestar, aparecen en los neonatos, y que la rabia, la sorpresa y la alegría se manifiestan hacia los cuatro meses, mientras que el miedo y la timidez surgen en la segunda mitad del primer año. Al mismo tiempo, las madres creen reconocer en sus hijos las expresiones emocionales desde muy temprano a través de las expresiones faciales, vocales, los gestos y movimientos de los brazos. En un estudio (Johnson) se encontró que las madres de niños de tan sólo un mes, creían reconocer en un 99% el interés, en el 95% la alegría, en el 84% la ira, en el 75% la sorpresa, en el 58% el miedo y en el 34% la tristeza. Quizá sólo se trate de atribuciones que hacen las madres, pero, en todo caso, sirven para que respondan de forma diferenciada y posiblemente contribuyen así, a consolidar las expresiones emocionales de sus hijos y la capacidad de comunicación.

Con el crecimiento va variando la manera de manifestar las emociones y cómo influyen en las acciones. Por ejemplo, cuando se frustra a un bebé de cuatro meses, limitando sus movimientos, dirige la ira hacia la causa inmediata, por ejemplo, hacia la mano que lo sujeta, mientras que hacia los siete meses se dirige hacia la persona que lo frustra. Ante inyecciones, los niños manifiestan primero cara de dolor, pero a partir de los siete meses expresan ira.

La sonrisa es un elemento importante de las relaciones sociales, pero inicialmente sería una expresión refleja, que pronto se produce como expresión de satisfacción y de bienestar. Ese bienestar, se manifiesta con frecuencia como reconocimiento de situaciones anteriores y así el niño sonríe al patito de plástico, al sonajero, a la lámpara de la habitación. Los adultos refuerzan intensamente la aparición de la sonrisa con gestos de alegría, con mimos, con expresiones vocales o movimientos dirigidos al niño. Así, poco a poco, se va especializando como una conducta de tipo social, y esta es la forma que va a adoptar primordialmente y ésta favorece que se vuelva a producir y que se convierta en un elemento esencial de la comunicación social.

La risa abierta aparece algo más tarde y es una manifestación más intensa que sirve además para descargar la tensión.

En este aspecto, las madres imitan las expresiones emocionales de sus hijos, pero se van limitando, a medida que crecen, a repetir las expresiones emocionales positivas, y así se enseña a los niños a limitar y controlar las expresiones negativas. De todas formas, ese control está relacionado con la capacidad cognitiva y con la previsión de las consecuencias que las emociones tienen en los otros.

Pero los bebés no se limitan a expresar sus emociones, sino que muy pronto son capaces de reconocerlas en los otros y de interpretarlas adecuadamente. Parece que esa discriminación aparece hacia los tres meses todavía de una forma más sutil, pero hacia los cuatro-cinco meses la distinción se hace más evidente. Si se presentan caras con distintas expresiones como las de alegría y tristeza atraen más la atención y las miran más, mientras que la ira, el miedo, el desagrado o la tristeza tienden a evitarse e incluso provocan lloros en el niño. Ya desde los tres meses, los niños manifiestan síntomas de disgusto ante la cara inmóvil e inexpresiva de la madre, o ante su cara de tristeza. Así pues, los bebés son buenos reconocedores de las expresiones de los adultos más próximos y pronto van aprendiendo a responder a esas expresiones de forma adecuada. A partir del segundo año, los niños son sensibles a las situaciones de tensión en los adultos y también son capaces de reconfortar a una persona en una situación negativa.

3.3. LA PRIMERA RELACIÓN SOCIAL

En los contactos repetidos del niño con su entorno, se van estableciendo situaciones que se repiten una y otra vez de forma muy regular. Así, de ese conjunto de relaciones con personas y su entorno, va emergiendo una relación especial con la persona que le cuida más directamente, con la figura materna, que puede ser su madre natural, una persona que desempeñe esas funciones, o cualquier otra persona, pues

parece que esa importante relación se puede establecer con cualquier adulto (y posiblemente incluso con un niño mayor).

Si se piensa un poco sobre cómo se establece esa relación, lo primero que se le puede ocurrir a uno es que la alimentación, la limpieza y la satisfacción de las primeras necesidades ligadas a la supervivencia deben ser el momento y la causa del establecimiento de los primeros vínculos. Y así lo pensaron también psicólogos, psiquiatras y otras personas relacionadas con el desarrollo del niño, que durante largo tiempo sostuvieron que esa primera relación se establecía a través de la satisfacción de las necesidades del niño. Dado que el niño necesita que le alimenten, que le limpien, que mantengan su confort y debido que esa tarea la realiza generalmente una misma persona, el niño asocia la satisfacción de necesidades con la persona y va estableciendo una relación con ella. Con el tiempo, la relación se independiza de la satisfacción y el niño encuentra un placer en la relación y el contacto con esa persona por sí mismo.

Así a través de la satisfacción de una necesidad primaria se establecería una relación secundaria, que con el tiempo se haría autónoma.

Hoy consideramos que esa primera relación es muy importante para el desarrollo posterior del individuo, y que puede marcarle en su vida futura, pero no siempre se ha visto así. Todavía a finales del siglo XIX, se pensaba que la etapa más importante para la formación del carácter era la adolescencia, y así lo mantenían psicólogos de prestigio. Fue el médico vienés Sigmund Freud, el fundador del psicoanálisis, el que insistió en la importancia de los primeros años de vida para el desarrollo del niño, y defendió además que la relación con la madre constituye el modelo de todas las relaciones afectivas posteriores.

Una vez admitida la importancia de esa relación, que hoy casi nadie pone en duda, se trata de determinar cómo se produce.

Psicólogos de muy distintas tendencias, incluido el propio Freud, han sostenido que la relación se establecía a través de la satisfacción de las necesidades, como acabamos de señalar. Freud, en uno de sus últimos escritos, el Esquema del Psicoanálisis, escribe:

“El primer objeto erótico de un niño es el pecho de la madre que lo alimenta; el amor tiene su origen en la dependencia de satisfacer la necesidad de alimento. No hay duda de que en principio el niño no distingue el pecho del propio cuerpo; cuando el pecho ha de ser separado del cuerpo y aislado en el “exterior”, porque el niño percibe su ausencia repetidas veces, entonces, como un “objeto”, lleva consigo una parte de la catexis libidinosa narcisista primitiva. Este primer objeto llega a completarse más tarde hasta formar la persona de la madre, que no sólo alimenta al niño sino que cuida de él y provoca así en el mismo cierto número de sensaciones físicas diversas, placenteras y penosas.

Al cuidar del cuerpo del niño se convierte en su primera seductora. En estas dos relaciones se halla la raíz de la importancia de la madre, única, sin paralelo, establecida inalterablemente para toda la vida, como el primer y más fuerte objeto amoroso y como el prototipo de todas las relaciones amorosas posteriores – para ambos sexos. En todo esto, los fundamentos filogenéticos predominan de tal modo sobre las experiencias personales accidentales, que no importa si un niño ha mamado realmente o si ha sido criado con biberón y nunca gozó de las ternuras del cuidado materno. En los dos casos, el desarrollo sigue el mismo camino; puede ser que en el segundo su nostalgia posterior sea mayor. Y por mucho tiempo que haya sido alimentado por el pecho materno, siempre le quedará la convicción, al ser destetado, de que su alimentación fue demasiado corta y demasiado escasa [Freud].”

La explicación parecía muy razonable y fue adoptada por otros investigadores de corrientes tan alejadas aparentemente del psicoanálisis como el conductismo.

John B. Watson sostenía en su libro *Psychological Care of Infant and Child*, que el amor es una respuesta condicionada igual que el miedo, y él había tratado de mostrar que el miedo se podía condicionar. Decía: Hay mucha similitud entre estas dos explicaciones. En ambos casos el amor, la relación, se establece sobre la satisfacción de las necesidades más importantes y urgentes: la alimentación o el confort. El niño empieza a amar a la persona que le satisface esas necesidades. Una pléyade de investigadores siguió estas ideas.

3.3.1. El descubrimiento del apego

La explicación parece muy clara, y hasta evidente, pero quizá uno de los avances más importantes de la psicología en época reciente haya sido mostrar que era falsa, y que la relación con los otros es una necesidad primaria, que se establece al margen de la alimentación y la satisfacción de otras necesidades.

El etólogo austriaco Konrad Lorenz, que mencionábamos antes, había observado que muchas aves después de salir del cascarón, siguen al primer objeto que se mueve en sus proximidades y establecen una relación muy fuerte con él que se mantiene hasta que el animal se convierte en un ser independiente. Lorenz consiguió que patos y ocas se vincularan a él mismo y le siguieran por doquier, emitiendo pitidos de llamada y esperando que él los contestara como si fuera su madre. Se denominó troquelado a esa primera relación que las aves establecen con un objeto que se desplaza. En las condiciones naturales, ese objeto suele ser la madre, y Lorenz sostuvo que establecer esa relación, cuando el animal comienza a poder desplazarse por sí sólo, era muy importante para su supervivencia, ya que el adulto con el que establece el vínculo, le protege de infinidad de peligros y facilita que llegue a convertirse en un adulto. Cualquier cosa que favorezca el mantenimiento de la proximidad con un adulto, es algo beneficioso para la cría y Lorenz afirmaba que a lo largo de la evolución se han seleccionado esas conductas (Hess).

A partir de estos estudios salieron dos vías de investigación independientes que contribuyeron a entender la importancia de esa relación en los mamíferos superiores: los trabajos del psiquiatra inglés John Bowlby observando niños, y los estudios del psicólogo norteamericano Harry Harlow que trabajaba sobre los efectos de la privación social en los monos.

John Bowlby, tras estudiar diversos casos de privación afectiva durante la infancia, partiendo de la teoría psicoanalítica de Freud y apoyándose también en el estudio de la formación de vínculos en los animales, formuló a partir de 1958 la teoría del apego, según la cual la relación con los otros es una necesidad primaria, y tiene un importante valor para la supervivencia de los individuos.

En los mamíferos no existe un troquelado del mismo tipo que en las aves, pero también se establecen fuertes vínculos con los adultos, generalmente a partir del momento en que la cría comienza a poder desplazarse por sí sola, cosa que en algunos casos se produce meses después del nacimiento. Es precisamente, a partir del momento en que la cría dispone de la capacidad para alejarse, cuando se encuentra más expuesta a múltiples peligros, y cuando un vínculo con un adulto resulta más útil para favorecer su supervivencia.

Bowlby, denominó a esa primera relación apego (attachment en inglés) y mostró que tiene un valor esencial para la supervivencia de los individuos y sería un precipitado de la historia de la humanidad y de sus antecesores en la escala biológica. En efecto, el hecho de que el niño se mantenga próximo a un adulto sirve para preservarle de múltiples asechanzas y peligros y, por tanto, contribuye a su supervivencia y a la adaptación de la especie.

Por su parte, el psicólogo norteamericano Harry Harlow comenzó a interesarse por la relación entre madre y crías en monos y llevó a cabo una serie de experimentos que han tenido una gran resonancia. La doctora Van Wagenen, le comunicó que había observado que las crías de los monos establecen relaciones intensas con pañales que se dejan en la jaula, y esto le puso sobre la pista sobre la importancia que tenía el contacto corporal para el desarrollo. Harlow realizó una serie de experiencias de separación de monos de sus madres desde el nacimiento y los crió con madres sustitutas, una de las cuales, consistía en un cilindro de alambre que tenía acoplado un biberón y otra un cilindro semejante, pero recubierto de felpa.

Harlow observó que, aunque el biberón estaba en la "madre" sustituta de alambre, los monos pasaban la mayor parte del tiempo que no estaban mamando, subidos a la de felpa e interactuando con ella. Cuando algo asustaba a los monitos, éstos corrían a refugiarse en la "madre" de felpa.

Naturalmente, este descubrimiento constituía un duro golpe para la hipótesis de que la relación con la madre se establece a través de la alimentación.

Hacia el final de los años treinta y comienzo de los cuarenta, se empezaron a publicar una serie de trabajos sobre la importancia de los cuidados maternos y las influencias que su privación producía posteriormente. La

segunda guerra mundial, que produjo enormes alteraciones en la vida familiar y social, contribuyó al interés por el problema al existir un gran número de niños sin familia. John Bowlby, un psiquiatra inglés que tenía una formación psicoanalítica, realizó un estudio sobre delincuentes juveniles y descubrió que un rasgo común en sus historias era una carencia de atención materna y de afecto. La Organización Mundial de la Salud, le encomendó que redactara un informe sobre la salud mental de los niños, que apareció bajo el título Cuidados maternos y salud mental. En él, tras revisar los estudios existentes, llegó a la siguiente conclusión: "Consideramos esencial para la salud mental que el bebé y el niño pequeño experimenten una relación cálida, íntima y continuada con la madre (o sustituto materno permanente) en la que ambos hallen satisfacción y goce".

Pero, como él mismo reconocía más tarde, el informe tenía un defecto. Aunque ponía claramente de manifiesto los efectos de la privación materna, no explicaba a qué se debían y cómo se producían; se carecía de una teoría desde la que poder explicar lo que pasaba. Por esos años un famoso biólogo, Julián Huxley, llamó la atención de Bowlby hacia los trabajos de los etólogos y en concreto, hacia los estudios de Lorenz sobre el troquelado en las aves.

El amor se produce en casa, se construye. En otras palabras el amor está condicionado. Usted dispone de todo lo necesario durante todo el día para establecer respuestas condicionadas de amor. Tocar la piel hace el papel de la barra de hierro, la visión de la cara de la madre hace el papel del conejo en los experimentos sobre el miedo. El niño ve la cara de la madre cuando le acaricia. Pronto la simple visión de la cara de la madre produce la respuesta amorosa. El tocar la piel ya no es necesario para producirla. Se ha formado una reacción condicionada de amor [Watson].

La Organización Mundial de la Salud organizó una serie de reuniones sobre el desarrollo del niño en las que participaron etólogos, como el propio Lorenz; antropólogos, como Margaret Mead; psicólogos, como Piaget; cibernéticos, como Grey Walter, y otros notables investigadores entre los que estaba el propio Bowlby. El contacto con Lorenz y con Hinde, ejerció una profunda influencia sobre las ideas de Bowlby y publicó su artículo "La naturaleza del vínculo del niño con su madre" en el que formulaba, por primera vez una explicación en términos etológicos: el niño tiene una necesidad primaria de vincularse a un adulto y ello constituye parte de su supervivencia. Ese mismo año, Harlow publicaba sus estudios sobre la privación social en los macacos, y ambos autores entraron en contacto.

Distintas explicaciones de la formación del apego

Autores	Teorías	Explicaciones
Freud	Psicoanalítica	El niño recibe de la madre el alimento que necesita. Poco a poco va estableciendo una asociación entre esa satisfacción y la persona que la proporciona, de manera que forma un vínculo que se vuelve independiente de la satisfacción de las necesidades, y así se establece el primer amor.
Watson	Conductista	La madre satisface las necesidades del niño y le proporciona confort. Poco a poco, se va estableciendo una asociación entre esas satisfacciones y el rostro de la madre, de tal manera que se forma una respuesta condicionada de amor, solo con la presencia de la persona.
Bowlby	Etológica	El niño no puede valerse por sí mismo, y a partir del momento en que comienza a desplazarse, el mantenerse próximo a un adulto constituye una garantía para su supervivencia. Por ello la formación del vínculo es una necesidad primaria, que no se apoya en la satisfacción de otras necesidades.

3.4. DISTINTAS EXPLICACIONES DE FORMACIÓN DEL APEGO

A partir de entonces, Bowlby fue acumulando una inmensa cantidad de datos a favor de su teoría y fue elaborándola y perfeccionándola.

Se preocupó por entender no sólo la formación del vínculo, sino también la separación afectiva y la pérdida afectiva en la niñez y en la vida adulta. Su labor se plasmó en una trilogía, que constituye un hito en la historia de la psicología: el vínculo afectivo, la separación afectiva y la pérdida afectiva.

Los trabajos de Bowlby, han dado lugar a grandes controversias y numerosos investigadores, entre ellos Mary Ainsworth, colaboradora suya de los primeros momentos, han llevado a cabo abundantes investigaciones y han convertido el estudio de las relaciones sociales tempranas, en un campo de estudio muy floreciente. Se le ha reprochado a Bowlby, haber atribuido demasiada importancia al vínculo con la madre y haber descuidado la importancia de otras relaciones.

La investigación permitirá aclarar las cosas, pero en todo caso la teoría de Bowlby ha abierto nuevos

caminos para la comprensión del hombre. Los componentes del sistema conductual son, por una parte, las conductas que connotan una señal de aviso, como llorar, llamar o sonreír, que tienen como función atraer la atención del adulto, y conductas más activas, como la locomoción o trepar que sirven para establecer y mantener el contacto.

El apego, sería un lazo duradero que se establece para mantener el contacto y que se manifiesta en conductas que promueven ese contacto. Esas conductas se harían especialmente intensas, en las separaciones o ante peligros. El niño mantiene el contacto visual con la madre y ante cualquier modificación del medio busca el contacto directo.

3.5. LAS ETAPAS DEL APEGO

Aunque la relación del niño con la madre, no se establezca como resultado de la alimentación o de los otros cuidados físicos que necesita, es cierto que los momentos de atención al niño son importantes para el surgimiento de la relación.

En otras culturas es costumbre, que el niño esté durante los primeros meses de su vida en contacto permanente con su madre o con otro humano mayor que él, que puede ser una hermana mayor, tía u otro pariente.

Esos niños están recibiendo señales y contactos permanentes del adulto. Pero el vínculo no se forma de golpe, sino que atraviesa por varias fases. Inicialmente, el niño empieza a atender a las personas, pero sin diferenciar a unas de otras, las diferencia sólo por algunos aspectos, pero que no se convierten en características propias de la persona. Pero el niño empieza a interactuar con miradas, balbuceos, sonrisas, etc., que todavía son muy indiferenciadas. Recordemos, que sólo hacia los tres o cuatro meses el niño empieza a reconocer las caras.

A partir de los tres meses aproximadamente, el niño empieza a producir respuestas diferenciadas hacia las personas y sobre todo hacia una o unas pocas personas. El niño reconoce ya plenamente las situaciones habituales y, en esas situaciones, empieza a emerger la persona (o personas) que le cuida, con la que establece un contacto diferente. Esta fase dura hasta los seis meses aproximadamente.

En una tercera etapa, a partir de los seis/siete meses, el niño no sólo diferencia netamente a una persona, sino que trata de mantenerse en su proximidad o en contacto, ya sea directo o visual. El niño no sólo interactúa o responde a los gestos o las señales de los otros, sino que él mismo inicia gestos y acciones. Los comienzos de la marcha, que se desarrolla durante esta fase, van a permitir que el niño trate de mantener el contacto activamente, siguiendo a su madre. El niño es mucho más activo y trepa, se mueve y protesta fuertemente cuando la madre se va. Esta fase, que es cuando puede decirse plenamente que existe un apego, dura hasta los tres años, aproximadamente.

El que ese apego no se empiece a establecer hasta los seis-siete meses, no es por azar, sino que depende de todo el resto del desarrollo. Hasta ese momento, el desarrollo cognitivo del niño no le permitía discriminar claramente unas personas de otras, reconocerlas en diferentes posturas o situaciones. Pero además los progresos de la marcha, el que el niño comience a gatear y a desplazarse, y por tanto que pueda alejarse de la persona que le cuida, hace necesario el establecimiento de la relación.

Etapa	Edad aproximada	Características
1	0 a 2 meses	Orientación y señales sin discriminación de la figura.
2	2 a 6 meses	Orientación y señales dirigidas hacia una o más figuras.
3	6 meses a 3 años	Mantenimiento de la proximidad hacia la figura discriminada, tanto mediante la locomoción como a través de señales.
4	A partir de los 3 años	Formación de una asociación con adaptación al objeto.

La cuarta fase constituye un paso muy posterior y en cierto modo de otra naturaleza.

El apego ya ha sido construido, la relación entre el niño y la madre está perfectamente establecida, pero el niño concibe todavía la relación desde su propio punto de vista. Le queda por concebir a la madre, como un ser independiente de él y empezar a entender sus motivaciones, sus deseos, sus sentimientos, sus estados de ánimo. Esto va unido también a que la disposición de la madre hacia el niño es menor. La madre ya no está siempre dispuesta a sus demandas, sino que trata de disciplinarle, de "educarle". Esto va a permitir el establecimiento de una relación nueva, que no va a ser igualitaria, porque no puede serlo y nunca lo será, pero en la que la madre existe como un objeto independiente, que tiene sus propios deseos y necesidades, que pueden no coincidir con los del niño. Esta fase se inicia hacia los tres años y puede durar el resto de la vida. La importancia del apego para la vida futura es enorme. Según Bowlby, en sus relaciones con las figuras de apego, el sujeto construye un modelo del mundo y de él mismo, a partir del cual actúa, comprende la realidad, anticipa el futuro y construye sus planes.

En el modelo de funcionamiento del mundo que cada uno construye, un rasgo fundamental es su noción de quiénes son sus figuras de apego, dónde se las puede encontrar y se puede esperar que respondan. De forma similar, en el modelo de funcionamiento del yo, que cada cual construye, un rasgo fundamental es la noción de hasta qué punto es uno mismo aceptable a los ojos de sus figuras de apego. En la estructura de esos modelos complementarios, se basan las predicciones de cada persona acerca de lo accesibles y disponibles que serían sus figuras de apego, si se dirigiera a ellas en petición de apoyo [Bowlby].

En el modelo del mundo, una parte importante se refiere a las relaciones con los otros. Los individuos pueden desarrollar un modelo, en el que se supone que otras personas están disponibles cuando uno las necesita o no lo están, y entre esas dos posiciones extremas caben todas las intermedias que puedan imaginarse.

Desde los primeros meses en adelante y a lo largo de toda la vida, la presencia real o la ausencia de una figura de apego es una variable principal, que determina si una persona está o no está alarmada por una situación potencialmente alarmante; desde la misma edad, y también a lo largo de toda la vida, una segunda variable principal es la confianza de la persona, o la falta de confianza, en que una figura de apego que no está realmente presente, está sin embargo disponible, en concreto accesible y dispuesta a responder, si por cualquier razón se desea eso. Cuanto más joven es el individuo más importante es la primera variable, la presencia o ausencia real; hasta el tercer año es la variable dominante. Después del

tercer cumpleaños, las previsiones de disponibilidad o falta de disponibilidad adquieren una importancia creciente, y después de la pubertad es probable que se conviertan en la variable dominante [Bowlby].

3.6. LA INTERACCIÓN ENTRE EL NIÑO Y LA MADRE

Así pues, la teoría establece que en los primeros años de la vida se van formando vínculos con otras personas, y que esos vínculos van a tener influencia en las relaciones posteriores que se establezcan con otros. Pero no todos los individuos forman el mismo tipo de vínculos.

El propio Bowlby, no hizo un trabajo experimental, sino que realizó un enorme trabajo teórico (que se plasmó en su famosa trilogía) y analizó cuidadosamente los trabajos de otros. Una de sus seguidoras, Mary Ainsworth, sí que ha realizado un trabajo experimental para establecer las diferencias individuales en el apego, siguiendo las líneas del trabajo de Bowlby.

En el apego lo más importante es, posiblemente la calidad de la relación. Por eso, Mary Ainsworth distingue diversos tipos de apego. Esas diferencias se manifiestan sobre todo en las separaciones. En efecto, el apego es un vínculo que sirve para procurar y mantener la proximidad entre la cría y el adulto. Pero sería poco eficaz y deseable para la especie un vínculo que no permitiera la separación de uno y otro.

Los niños necesitan conocer el mundo, explorar el entorno, y para ello necesitan alejarse de la madre. Además, los niños tienen que establecer relaciones con otros adultos y con otros niños.

Un apego puede definirse, como un vínculo afectivo que una persona o animal establece entre sí mismo y otra persona o animal determinado – un vínculo que los obliga a estar juntos en el espacio y que permanece con el paso del tiempo. La característica inconfundible del apego es procurar, obtener y mantener un cierto grado de proximidad al objeto de apego, lo cual pasa de un estrecho contacto físico, en algunas circunstancias, a la interacción o comunicación a una cierta distancia, entre otras [Ainsworth y Bell].

Los estudiosos del apego diferencian entonces entre apego y conductas de apego. La diferencia es simple:

El apego es propiamente el vínculo, una especie de atadura invisible que no puede observarse directamente, que persiste en el tiempo, y que se mantiene en la separación y la distancia.

En cambio, las conductas de apego son las manifestaciones visibles de apego, “conductas que favorecen la proximidad y el contacto”, entre las que se cuentan la aproximación, el seguimiento, el abrazo, la sonrisa, el llanto o las llamadas.

El niño que hace gestos estirando los brazos para que su madre lo coja, el que la sigue gateando o corriendo, o el que no se despegaba de ella manifiestan conductas de apego. Pero la abundancia de esas manifestaciones no es prueba de que exista un buen apego.

Por el contrario, es posible que un niño que exige la presencia continua de la madre, que no se puede separar de ella ni un momento, no tenga necesariamente una relación muy buena. Precisamente con esas conductas de apego exageradas, lo que pone de manifiesto es que está inseguro en la relación, que puede tener miedo a la separación, que no tiene confianza plena en la disponibilidad de la figura de apego. Únicamente en las separaciones es donde mejor se aprecia la calidad del apego.

Bowlby, sobre la base de otros trabajos, había señalado la importancia y trascendencia que tenían separaciones breves en la conducta del niño. Ainsworth diseñó lo que se llama la situación extraña, que consiste en una sucesión de episodios que se realizan en una habitación desconocida para el niño en los que está con la madre, con una mujer desconocida o solo. Cuando la madre sale en el episodio 4, el niño

suele manifestar su malestar y conductas de apego, como llanto, llamadas o búsqueda. En los episodios 6 y 7 suelen producirse también, conductas de apego y los episodios de reencuentro con la madre permiten valorar la calidad de la relación.

A través de los datos que se generan en los distintos episodios, y que requieren un detenido análisis. Se puede distinguir entre niños "apegados con seguridad", es decir, niños que manifiestan conductas positivas hacia la madre tras la separación breve y que Ainsworth denomina apego de tipo B.

Los niños con resistencias, es decir, que tienen un apego ambivalente de tipo C, manifiestan no sólo conductas positivas, sino también negativas y de oposición, como protestas, pataleos, etc.

Finalmente, hay niños que evitan el contacto, tienen un apego de evitación, de tipo A, manifiestan conductas de ignorancia o conductas de evitación de la madre, como desviar la mirada, etcétera.

El establecimiento de esta primera relación, tiene una enorme importancia para las relaciones sociales posteriores y también para el desarrollo intelectual del niño.

Existe una relación estrecha entre la exploración del mundo que el niño realiza y el apego. El niño utiliza la figura materna como una base segura desde la cual explorar, y aunque el apego consiste en mantenerse en la proximidad de la figura materna, sin embargo, la existencia de ese apego, es condición para que el niño se aleje de esa figura momentáneamente y explore.

Frecuentemente el niño se separa, examina un objeto o una zona y vuelve a mirar hacia su madre. Si ésta continúa allí y establece el contacto visual continúa la exploración, si no trata de restablecerse contacto, vuelve hacia ella o interrumpe la actividad.

El sistema de interacciones entre el niño y la madre es muy complejo y pronto se va estableciendo una gran sintonía entre ambos, que no existía al principio.

Por ejemplo en las sesiones de alimentación, ya a las dos semanas, cuando el niño inicia una pausa en la succión la madre lo mece, produciéndose una gran sincronía. Madre y niño constituyen un sistema diádico con una gran sincronía, gracias a que cada uno está preparado para establecer la interacción.

Así pues, una buena relación con una o varias figuras permite más independencia que una mala relación.

3.6.1. Distintas explicaciones de la formación del apego

Las relaciones entre el niño y la madre son de gran complejidad y están determinadas por múltiples factores, tales como el sexo del bebé, su grado de actividad, su bienestar físico, el ambiente inmediato, la clase social, etcétera..

Del mismo modo influyen esos y otros factores respecto a la figura materna. Se habla de figura materna para recordar que puede ser la madre biológica, una madre adoptiva, el padre u otro adulto.

Todos esos factores interaccionan de formas variadas. Si se trata el caso de un embarazo no deseado, es muy posible que la madre experimente sentimientos contradictorios y actitudes perjudiciales para su propia estabilidad y para el desarrollo del bebé. Hay que pensar que, en esa etapa, la mujer experimenta un ir y venir anímico debido a los cambios hormonales. Esta situación la convierte en un sujeto mucho más sensible.

Cuando nace, la situación puede mantenerse. Si el parto es problemático, la actitud negativa se puede incrementar. Por ello es tan importante el entorno y el apoyo que la madre reciba por parte de este. De lo

contrario, es posible que este sentimiento negativo vaya trascendiendo y se convierta en una depresión posparto.

Por el contrario, una actitud favorable hacia el niño encauza el establecimiento de buenas relaciones. La acomodación niño-madre después del nacimiento siempre es necesaria, pero si en la madre hay una actitud positiva, si goza del apoyo de los que están a su lado, esta etapa irá a buen puerto.

La influencia del entorno social es enorme. Además, la descomposición de las estructuras sociales que ha tenido lugar en nuestra sociedad no favorece que la relación del niño con el medio se realice de la mejor manera posible.

De todas formas, el sistema niño-madre-entorno es algo suficientemente complejo como para que no exista una causalidad muy directa. Los estudios de hace de hace treinta o cuarenta años trataban de detectar las relaciones que una mala relación social temprana o la carencia de madre o de padre podían tener años más tarde. Pero esas influencias directas son difíciles de detectar, sobre todo porque se ha visto que una mala situación temprana se puede compensar posteriormente. La mala relación con la madre, o su ausencia, puede ser reemplazada por otros adultos o incluso por compañeros.

Después de la Segunda Guerra Mundial, Anna Freud —hija de Sigmund Freud y el fundador del psicoanálisis— estudió el caso de niños supervivientes de campos de concentración y observó un pequeño grupo de niños que habían establecido lazos muy estrechos entre ellos, pero no lo hacían con los adultos.

Esos niños habían sobrevivido en un medio, en el que los adultos con los que estaban relacionados habían ido siendo eliminados y sólo habían podido formar lazos entre ellos, lazos que tenían semejanzas con los que habitualmente se establecen con adultos, manifestando ansiedad ante la salida de uno de los niños, con contacto físico frecuente, etcétera.

Hoy se piensa, que los acontecimientos que suceden durante los primeros años son muy importantes pero no son irreversibles. La influencia de una situación puede compensarse posteriormente. Y cuanto más pronto trate de corregirse una situación desafortunada, una experiencia traumática, una mala relación, más fácil puede ser compensada.

Por ejemplo, los niños adoptados pueden formar excelentes relaciones con los padres adoptivos, pero cuanto antes se produzca la adopción más fácil será. Algunos autores señalan que es conveniente que se produzca en los cuatro primeros años, pero incluso posteriormente se pueden formar buenas relaciones. Se descubre que la plasticidad del ser humano es enorme y que puede compensar muchas experiencias desdichadas, aunque lo mejor es, sin duda, tratar de evitar que se produzcan.

Una buena relación hace también mucho más fáciles las separaciones. Por ejemplo, los niños que asisten a guarderías, y a medida que las mujeres trabajan, cada vez hay más tendencia a que vayan a ellas, pueden mantener excelentes relaciones con sus madres. No es un problema de horas de relación, sino de la calidad. El niño tiene que sentir a la madre, y a otros adultos, como personas en las que se puede confiar plenamente, que van a tener una conducta positiva en cualquier circunstancia, de tal manera que esa confianza está por encima de los límites que se imponen al niño o de las regañinas que tiene que sufrir.

3.7. LA CONTINUIDAD DEL APEGO Y EL AMOR ADULTO

Un interrogante esencial que nos podemos plantear es, el referente a la estabilidad del apego. Esos vínculos que se forman en la niñez con la madre y otras figuras de apego, ¿se mantienen estables en la edad adulta? ¿Cómo afectan a las relaciones con los otros que se van formando posteriormente? ¿Influyen de alguna manera en la elección amorosa y la relación con la pareja elegida, como sostenían Freud o

Bowlby?

Aunque estas cuestiones son esenciales para entender la formación de relaciones sociales, no sabemos mucho sobre ellas. Se puede comprender fácilmente la dificultad para responderlas, de manera concluyente a través del trabajo experimental.

Los estudios longitudinales realizados, siguiendo durante varios años a niños en sus relaciones con la madre, muestran una notable continuidad individual en el tipo de apego a lo largo del tiempo. Pero se trata de estudios de pocos años que no nos permiten saber lo que pasa al llegar a la edad adulta.

Sabemos que gozar un apego seguro aumenta la exploración, la curiosidad, la solución de problemas, el juego y las relaciones con los otros compañeros, es decir, que permite abrirse más al mundo.

La persona con apego seguro tiene más confianza en ella misma, pues se sabe que es querida y eso le da seguridad para relacionarse con los demás. Se puede ser mucho más tolerante con los demás, comprenderles mejor, incluso en sus acciones hostiles, pues se consideran pasajeras y no alteran la imagen de uno.

En cambio un apego inseguro, hace que cualquier conducta ambivalente o poco clara de los otros con los que uno se siente vinculado afectivamente, se interprete como un rechazo total y lleve a la desesperación o al rechazo. Las personas ambivalentes necesitan continuas muestras de afecto para sentirse seguras, porque su modelo mental no incluye una idea interiorizada del otro como alguien permanentemente disponible, al que podremos recurrir cuando lo necesitemos.

Mary Main, Kaplan y Cassidy han encontrado que hay una impresionante continuidad entre las historias de apego y el cuidado de los hijos. En su estudio, además de establecer el tipo de apego de los niños hacia sus madres, entrevistaba cuidadosamente a éstas para tratar de reconstruir qué tipo de apego habían tenido ellas en su infancia. No sólo les pedía una descripción global de sus relaciones infantiles sino que trataba de descubrir en sus narraciones cómo había transcurrido su infancia y el tipo de relaciones que realmente tenían. Encontraba así que los tipos de apego tendían a reproducirse, pero algunos padres conseguían cambiar el estilo, rompiendo la cadena de la continuidad intergeneracional y padres inseguros logran producir hijos con apegos seguros, posiblemente haciéndose conscientes de sus experiencias infantiles insatisfactorias y modificando sus modelos mentales. La toma de conciencia, de cómo ha sido la propia vida, les permitía modificar relaciones que no se consideraban satisfactorias, estableciendo vínculos mejores.

Algunos investigadores, se han planteado aplicar las mismas categorías de tipos de apegos para estudiar a los adultos. Por ejemplo, Hazan y Shaver presentaron a adultos una serie de frases que describían los tres tipos de apego y les pedían que señalaran cuál de ellas describía mejor sus propios sentimientos. Encontraron que, entre los adultos se dan los mismos tipos de apego y en proporciones parecidas.

Aunque no tenemos pruebas concluyentes, diversos trabajos parecen indicar que hay una notable continuidad entre las relaciones infantiles y las adultas. No se puede decir que las relaciones infantiles determinen las adultas de una manera absoluta. Una mala relación puede compensarse con otras relaciones posteriores mejores, la influencia de los compañeros es muy importante, pero probablemente hay una continuidad que se mantiene si no aparecen otros elementos que la rompan. No hay, por tanto, que ser extremadamente pesimista, pensando que las más tempranas experiencias van a condicionar de forma permanente la vida futura porque experiencias posteriores pueden modificarlas de una manera positiva. Pero tampoco puede subestimarse la importancia que tienen los primeros contactos sociales durante el transcurso de la vida.



3.8. LOS OTROS ADULTOS

Hemos estado viendo hasta ahora cómo el niño forma un fuerte vínculo con una o varias personas durante el primer año de vida, y cómo esa primera relación y sus características pueden tener influencias durante el resto de la vida. Sin embargo, el niño no está solo en contacto con una persona que le cuida sino que, por lo general, suele vivir dentro de grupos más amplios en los cuales se socializa. El principal de estos grupos sociales y el más inmediato es la familia.

3.8.1. Tipos de apego adulto y sus frecuencias

Pregunta: ¿De los siguientes enunciados cuál es el que mejor describe sus sentimientos?

Evitación

Me siento un poco incómodo estando cerca de otros; encuentro que es difícil confiar en ellos completamente y también dejarme depender de ellos. Me siento nervioso cuando alguien está muy próximo, y a menudo mi pareja quiere estar más cerca de lo que me resulta comfortable. 25%

Seguro

Encuentro relativamente fácil estar próximo a otros y estoy cómodo dependiendo de ellos y cuando ellos dependen de mí. No me suelo preocupar por ser abandonado o porque alguien esté muy próximo. 56%

Ambiente

Encuentro que los otros se resisten a estar tan cercanos como me gustaría. A menudo me molesta que mi pareja no me quiera realmente o no quiera estar conmigo. Quiero fundirme completamente con otra persona, y este deseo ahuyenta a veces a la gente. 19%

La familia humana, tiene una serie de características peculiares que la diferencian de la de otros animales,

entre las que destaca su permanencia y estabilidad, aspectos ligados a la larga duración de la infancia, a la conducta sexual humana que presenta también algunas características diferenciales con respecto a otros animales.

La casi totalidad de los animales mantienen una actividad sexual periódica. Por ejemplo, las hembras de los primates superiores tienen un período mensual de celo de unos diez días. La actividad sexual de los machos, por el contrario, es permanente y siempre están disponibles para aparearse si encuentran una hembra que también lo esté.

Si la hembra queda embarazada, ya no volverá a tener período de celo durante años y dedicará la mayor parte de su actividad al cuidado de la cría, a la que dará de mamar durante un tiempo prolongado.

Los machos no intentarán copular con la hembra hasta que no se repita el período de celo. Entre los primates, sólo los orangutanes parece que pueden tener una actividad sexual más constante. Sin embargo, la mayor parte de los primates superiores no forman familias estables en el mismo sentido que los seres humanos, y aunque el vínculo con la madre puede ser duradero no sucede lo mismo con respecto al vínculo con el padre.

Esto es lo que ocurre por ejemplo, con los chimpancés, que viven en grupos amplios en los cuales hay machos, hembras y crías. La hembra en celo copulará con cualquier macho que se encuentre en las cercanías, con prioridad para los machos que ocupan un lugar predominante en la jerarquía. Se excluyen sus propios hijos, y parece que las relaciones entre madre e hijo se mantienen a lo largo de la vida, como muestran los trabajos de Jane Goodall.

3.8.2. La familia humana

Diversos estudios se han planteado las funciones y los orígenes de la familia humana.

Por ejemplo, Helen Fisher, una antropóloga norteamericana, ha tratado de analizar las relaciones entre la sexualidad humana y la formación de familias estables, trabajo que sólo puede ser especulativo por la falta de datos sobre la vida de los primeros hombres, pero que puede resultar verosímil. Lo que se plantea es, ¿qué utilidad tienen las peculiaridades de la sexualidad humana, como la actividad permanente, o los orgasmos de las hembras, que no son necesarios para la reproducción?

Desde sus orígenes los hombres han realizado una actividad cooperativa, que comparten también con otros primates, pero que alcanza un grado muy superior, habiéndose convertido en una de las peculiaridades de los hombres.

Muchas de las tareas de búsqueda de alimento y de caza, se realizaban en común y otras de las características humanas, como el lenguaje o la posición bípeda (que permite liberar las manos y poder transportar la comida a un punto de reunión), facilitan esa cooperación. Pero probablemente, la posición erecta ha conllevado una reducción de la apertura de la pelvis, lo cual dificulta el nacimiento y ha obligado a que las hembras dieran a luz antes, cuando el feto tiene una cabeza más pequeña para que pueda salir sin dificultad.

Esto tiene como consecuencia una infancia muy prolongada, de tal manera que las hembras necesitan ocuparse y transportar a la cría durante mucho tiempo, y mientras tienen que ocuparse de la cría les resulta más difícil conseguir comida, con lo cual sus posibilidades de supervivencia se reducen. Esto es más claro, cuando una parte de la alimentación proviene de la caza y se ha señalado que, probablemente una de las características que han llevado a la hominización del hombre ha sido convertirse en cazador (Ardrey).

Entre los chimpancés, Teleki observó que en el reparto de comida las hembras en celo reciben más cantidad que las que no lo están, y los machos les prestan mucha más atención, las siguen y permanecen con ellas. Sin embargo, dejan de hacerlo cuando termina el período de celo. Esta ventaja podría prolongarse si las hembras pueden continuar su actividad sexual a pesar de tener una cría. Fisher sostiene

que, para salvar las dificultades que produce la infancia prolongada de las crías se produjeron cambios en la actividad sexual. Sabemos que, no todos los individuos son iguales y que espontáneamente se producen variaciones individuales. Las hembras que tuvieran un celo más prolongado recibirían más atención de los machos.

En un principio, estas hembras no tenían ventajas especiales. Eran sólo sexualmente más activas que las hembras normales. No obstante, hace unos ocho millones de años, las hembras más dispuestas a la cópula lograron enormes beneficios, sobre todo como madres. Esto se debió a que fue un periodo crucial de la evolución humana, en el que las complicaciones de la posición erecta y de la locomoción bípeda habían seleccionado hembras protomínidas, cuyo período de gestación era más breve. Al tener antes las crías, debían transportarlas, protegerlas y alimentarlas durante períodos de tiempo cada vez más largos. Sin embargo, aquellas que volvían a estar en celo poco después de un parto, recibían más atenciones de un cortejo de pretendientes. Iban a todas partes en el centro de un grupo, lo cual tenía ventajas enormes.

Así pues, si una madre reciente volvía a entrar en celo recibía más atenciones, estaba en el centro del grupo y la cría se encontraba más protegida, por lo que madre y cría tenían más posibilidades de sobrevivir. Cuando las crías crecían y engendraban a su vez, transmitían a su descendencia esa anomalía genética. Las que tenían actividad sexual durante el embarazo también recibían más atención, más comida y más protección. Así, se fueron seleccionando hembras que tenían un período de celo permanente o, lo que es lo mismo, que no tenían período de celo y estaban siempre sexualmente disponibles. De este modo mantenían lazos más estrechos con el grupo y compartían todas las actividades, lo que iría unido al desarrollo de la cooperación. Esos vínculos no eran necesarios para la procreación, pero sí resultaban útiles para la supervivencia de madre y cría y entonces, sobre el lazo sexual se establecía una unión que podemos caracterizar como económica, ya que a través de ella obtenían mayor abundancia de alimentos.

Por otra parte, Fisher señala, apoyándose en las ideas de Desmond Morris, que la cópula frontal establece más intimidad y fortalece a la pareja, lo cual favoreció el mantenimiento de rasgos anatómicos situados en la parte delantera, que tienen el efecto de atraer a los machos. Entre ellos, Morris menciona los lóbulos carnosos de las orejas, las narices protuberantes, los labios rojos hacia fuera y los pechos.

Todo ello fue facilitando el establecimiento de relaciones permanentes y de grupos estables, en los que las crías tenían más posibilidades de sobrevivir. Dentro del grupo se fueron formando familias estables, que los grupos sociales han tendido a institucionalizar.

Así, el matrimonio se ha establecido como una forma de contrato que, constituye un vínculo ante los demás y que legaliza a la familia como una unidad de producción, que tiene sobre todo un fundamento económico y contribuye a la supervivencia de las crías y de los miembros de la familia.

La familia humana tiene aparentemente múltiples formas, pero en el fondo existen una serie de constancias y regularidades. Según Van den Berghe: "La mayor parte de las culturas reconocen que hembras y machos, tienen diferentes intereses y estrategias para la reproducción e institucionalizan una doble norma de moralidad sexual. La mayor medida de libertad sexual se da generalmente a los varones, no a las mujeres".

Esto puede institucionalizarse mediante la poliginia, es decir, mediante una familia en la que hay un varón y varias mujeres. Entre 853 sociedades distintas estudiadas por Murdock, el 83,5% permiten o prefieren la poliginia, en comparación con el 0,5% que permiten la poliandria (varios hombres y una mujer). Sólo el 16% de las sociedades de esa muestra, serían monógamas.

Dentro de la familia, en las distintas sociedades suele haber una división de funciones, de tal manera que la hembra se ocupa de la mayor parte del cuidado de la prole, al menos hasta que tienen cinco o seis años de edad, y las mujeres se dedican también a la actividad de producción, pero en actividades próximas al hogar que no interfieran con el cuidado de los hijos, tales como el tejido, la cestería, o la cerámica, además de preparar los alimentos y cocinar, mientras que los hombres han monopolizado la pesca a largas distancias, la caza y la guerra.

El cuidado que los varones prestan a las crías, puede incrementarse a partir de esa edad de cinco o seis años y es, particularmente claro en la socialización de los hijos varones, aunque también tendría un papel

en la interiorización de las normas de la sociedad por los hijos de ambos sexos.

Así pues, la familia humana es una institución que incrementa las posibilidades de supervivencia de las crías, sobre todo en condiciones de escasez de alimentos o abundancia de peligros. En muchas sociedades y períodos de la historia, la familia es extensa, formada por otros parientes además de los padres y los hijos. Sin embargo, en las sociedades avanzadas se ha ido produciendo una reducción de los miembros de la familia, que, sin duda, puede tener consecuencias psicológicas.



3.9. EL PAPEL DEL PADRE

En casi todas las culturas, la madre desempeña el papel central respecto al cuidado del niño durante sus primeros meses de vida, pero también hay algunas en las que el padre se ocupa igualmente de esas tareas. Entre las especies animales más próximas al hombre, y especialmente entre los monos, el cuidado de las crías está también en manos de la madre, mientras que el padre u otros machos del grupo, desempeñan otro tipo de funciones. Sin embargo, algunos estudios han mostrado que en determinadas circunstancias, los machos pueden desempeñar funciones tradicionalmente maternas y convertirse en madres sustitutivas, como por ejemplo se muestra en algunos estudios de Harlow, en los que la llegada de una nueva cría produce un rechazo por parte de la madre de la cría anterior, que todavía no ha terminado su período de desarrollo dependiente de la madre y que entonces se ve abandonada.

Pues bien, en este caso hay machos que adoptan a esas crías y desempeñan las funciones maternas. En otras especies animales hay diferente influencia del padre. En algunas no desempeña ningún papel después de la concepción, mientras que en otras realiza numerosas actividades en la crianza.

Así pues, todo el mundo está de acuerdo en aceptar la importancia que tiene la figura materna en el desarrollo del niño y cómo éste sería imposible, tal y como lo conocemos, si la madre no desempeñara las funciones que realiza, no sólo de alimentación sino también de proporcionar seguridad, estímulo y afecto. Ese papel ha sido desempeñado tradicionalmente por la madre, pero puede ser ocupado por otros adultos, varones o mujeres. Durante los primeros meses de su vida, el niño está sobre todo en contacto con su madre, pero no vive aislado con ella, sino que se encuentra dentro de un contexto social de amplitud variable que puede incluir al padre, hermanos, parientes, hasta una familia muy extensa, como existe en bastantes sociedades. La influencia de todas esas personas es muy grande, tanto directamente sobre el niño, como a través de la influencia en el estado de la madre.

Sin embargo, el papel de todas estas personas ha atraído menos interés y se ha estudiado menos. Quizá haya influido en ello la creencia de Freud de que la relación con la madre conforma todas las relaciones posteriores, y por ello tiene una importancia fundamental. Esto disminuiría la importancia atribuida a las otras relaciones. El papel del padre se ha visto, por ésa o por otras razones, como de menor importancia.

Sin embargo, recientemente se han empezado a producir cambios en las ideas de los psicólogos, que han

comenzado a prestar más atención al papel que desempeña el padre. En ello han influido no sólo los progresos de la teoría psicológica, sino los cambios sociales que han tenido lugar en la sociedad, que el padre esté cada vez más implicado en el cuidado de los hijos y que exista un número mayor de varones que se ocupan solos del cuidado de los hijos, como veremos más adelante.

La idea clásica es que el padre podía empezar a tener un papel importante en edades avanzadas del desarrollo, en todo caso después del período de lactancia o incluso de la etapa sensorio-motora. Los niños pequeños eran responsabilidad de la madre y quedaban claramente en su territorio. Sólo después, pasaban también a caer en el terreno del padre. Tradicionalmente, el padre es el responsable de la disciplina y de la socialización. Dentro de la teoría psicoanalítica de Freud, se considera fundamental la figura paterna como un elemento de la constitución del llamado superyó. En la sociedad occidental, el padre ha tenido un papel importante en la socialización de los varones y mucho menor en la de las mujeres. Los estudios recientes, como señalan Maccoby y Martín, se pueden clasificar en tres grupos:

- a) los que estudian las diferencias de padres y madres en su comportamiento con los hijos;
- b) los que se ocupan de las influencias de las diferencias individuales entre padres sobre los niños, y
- c) los que estudian la familia como un sistema de tres miembros.

Muchas de las investigaciones sobre estos temas son de sentido común y vienen a confirmar opiniones generalmente compartidas, pero no siempre es así. El desarrollo teórico en este campo es todavía escaso y eso explica que las investigaciones produzcan una imagen de confusión y dispersión.

Los resultados del primer grupo de estudios muestran que, tanto el padre como la madre y los hermanos mayores, desempeñan un importante papel en la socialización del niño, pero que suelen adoptar papeles diferentes.

Algunos autores, como por ejemplo Ross Parke, autor de *El Papel del Padre*, un libro divulgativo donde resume las opiniones sobre la función paterna, sostiene que no existen limitaciones biológicas claras que diferencien el papel del padre del de la madre, y que son más bien razones de tipo ambiental las que determinan el papel de cada uno. Sin embargo, estudios sobre padres que se ocupan principalmente de su hijo encuentran estilos diferentes de cuidado y una interacción menos intensa (Lamb, Frodi, Hwang, Frodi y Steinberg). No obstante, otros estudios han señalado que la madre no sólo se ve preparada para realizar su función por efecto de la educación y por razones de tipo ambiental, sino que también hay una producción de hormonas que pueden favorecer determinadas conductas. Sin embargo, Parke sostiene que las razones ambientales tienen un efecto superior a la influencia hormonal. Para complicar las cosas, estudios realizados con peces han mostrado que el hecho de ocuparse del cuidado de las crías, tiene como consecuencia la producción de hormonas semejantes en ambos progenitores. Esto sería una manifestación más de las estrechas relaciones entre la conducta y el estado físico y cómo aquélla incide sobre éste (cuando generalmente se piensa siempre en la relación inversa).

Los estudios que consideran la relación familiar como un sistema, parecen arrojar resultados prometedores, pero están poco desarrollados. Se ha señalado además que estudiar sólo las relaciones entre madre e hijo es una ficción que distorsiona las cosas, y que el niño se encuentra inmerso en una red social de la que forman parte todos los parientes y elementos próximos de la familia con los que interacciona. Lo que pasa es que esos estudios resultan muy difíciles de realizar, y que las relaciones que hay que estudiar son lo que Bronfenbrenner denomina "efectos de segundo orden": efectos indirectos a través de otro miembro del sistema, como los efectos de la relación entre madre e hijo sobre el padre o de las relaciones entre los padres sobre el niño.

Por lo general, y actualmente, la relación del padre y la madre con el hijo es distinta y específica, por lo menos en nuestra cultura. El padre pasa habitualmente mucho menos tiempo al lado de su hijo que la madre, pero no sólo varía la cantidad de tiempo sino también el tipo y la calidad de la interacción que se establece entre ellos. Las relaciones siempre son complejas por el hecho de que la influencia del padre se ejerce, no sólo directamente sino también a través de las relaciones con la madre, que a su vez determinan las relaciones de ésta con el niño.

Una buena relación entre el padre y la madre, y una aceptación por parte de éste de la llegada del nuevo facilita la relación de la madre con el niño y estimula la crianza. Por el contrario, una mala relación puede producir fenómenos variados que van desde el rechazo al niño por parte de la madre o que la madre se refugie en la relación con éste y descuide la relación con el compañero. A su vez, la relación de la madre con la cría influye sobre el padre, que puede sentirse desplazado o que no participa en la implicación de la madre en la nueva situación.

Generalmente, la llegada de un hijo establece profundos cambios en las relaciones de la pareja, que duran sobre todo durante el período de lactancia, aunque a veces se prolongan más.

Se ha señalado que la actitud del padre tiene influencia ya durante el período del embarazo a través de la relación con la madre. Esa posición de aceptación y de apoyo que el padre puede desempeñar, o por el contrario de rechazo, influye ya en cómo la madre soporta el embarazo. Igualmente, durante el parto el padre puede desempeñar un papel importante apoyando emocionalmente a la madre y participando en el nacimiento, cosa que parece que a la larga tiene consecuencias positivas.

Hoy en día, muchos médicos favorecen que el padre esté presente en el parto. También el padre desempeña un papel influyente inmediatamente después del nacimiento, si existe algún hermano mayor que puede sentirse bruscamente abandonado por la madre, la cual pasa a no ocuparse, o a ocuparse menos de él, para concentrar sus esfuerzos en el recién llegado, que necesita más sus cuidados, aunque eso no lo haga de una manera consciente. El padre puede llenar ese vacío y evitar problemas en el entorno familiar.

La influencia del padre empieza a ser más importante en la etapa posterior al nacimiento. Diversos estudios han mostrado, que el padre tiene tanta capacidad como la madre para interactuar con el bebé en muchos aspectos del desarrollo.

Respecto al lenguaje, ambos progenitores utilizan formas de expresión simplificadas —lo que se llama un lenguaje destinado a los bebés— cuando se dirigen al niño. De la misma manera ambos son también capaces de interpretar los sonidos emitidos por el bebé, los lloros, distinguiendo los que se deben a hambre, incomodidad u otras razones. También el padre es capaz de reaccionar adecuadamente a las señales del niño, aunque existan diferencias de comportamiento entre hombres y mujeres, y éstas estén más dispuestas a atender al niño.

La construcción de una relación

El interés del padre y de la madre por el nuevo ser no sigue las mismas pautas.

En general, se puede decir, que la madre está mucho más implicada que el padre desde el principio. Quizá el hecho de tenerlo materialmente dentro y sentirlo en todo momento, el que produzca cambios fisiológicos y también cambios psicológicos muy directos, hace que la madre sienta mucho más y de una manera mucho más próxima el nacimiento del nuevo niño. Por el contrario, la relación del padre es más indirecta y tiene que ser más elaborada psicológicamente.

En el parto, el padre muchas veces se siente impotente e inútil y no ve forma de participar, pero en diferentes culturas hay costumbres que hacen intervenir directamente al padre y éste se convierte simbólicamente en la madre. El padre simula el parto rodeado de parientes y amigos, mientras que la madre se va a parir ella sola. Sin ir tan lejos, se han descrito con cierta frecuencia casos en los cuales, el padre experimenta también un malestar semejante, o complementario al de la madre, sufriendo numerosos trastornos.

Después del nacimiento, la relación de la madre con el recién nacido es muy intensa y si éste ha sido deseado, la madre está muy absorbida por el nuevo ser, descuidando la relación con el padre y con los hijos mayores, en caso de que existan. Generalmente, la relación de la madre con el niño es muy plácida y muy intensa. Si todo marcha bien, la madre experimenta un intenso placer dando de mamar y ocupándose del

niño e interaccionando con él.

El padre, en cambio, tiene que empezar a construir la relación con menos elementos, tiene que empezar a familiarizarse con alguien que hasta entonces no estaba allí. Es a partir del nacimiento, cuando empieza realmente a construir una relación con el hijo que va a ir elaborando lentamente. El cariño del padre hacia el hijo antes de nacer es, más teórico y menos real que el de la madre que lo lleva dentro. Incluso en los primeros meses lo ve con interés, con satisfacción, quizá como una prolongación de sí mismo, pero no se ha formado todavía un vínculo. Muchos padres se sienten preocupados cuando se ocupan de un bebé, pensando que pueden hacerle daño, pues no saben cómo deben manejarlos y cuidarlos. Esto no les sucede generalmente a las madres, ni siquiera a las primerizas, y en todo caso tiene un alcance mucho menor.

Poco a poco, la relación del padre con el hijo se va construyendo a lo largo de esos primeros meses de la vida y, a medida que el niño se va convirtiendo en un ser más autónomo, la relación se va haciendo más estrecha y se establece un vínculo mucho más profundo y mucho más real.

Como señala Parke, desde muy temprano se produce una diferenciación de funciones entre el padre y la madre, de tal forma que ésta se ocupa sobre todo de la alimentación y el cuidado general del bebé, mientras que el padre tiene una mayor participación en el juego. Sin embargo, los estudios realizados por Parke y Sawin muestran que, los padres son tan capaces de ocuparse de la alimentación de sus hijos como las madres, aunque ellos mismos frecuentemente no se consideran muy competentes para atender a los niños pequeños.

Donde el padre desempeña un papel muy importante es en el juego. Milton Kotelchuk señala que, el padre dedica a jugar con el bebé aproximadamente el cuarenta por ciento del tiempo que está con él, mientras que la madre sólo lo hace en un veinticinco por ciento de ese tiempo. Hay que tener en cuenta, naturalmente que el padre pasa mucho menos tiempo con el bebé y, según los datos de Kotelchuk, mientras que la madre ocupa nueve horas al lado del bebé, el padre sólo le dedica 3 horas y 20 minutos —según datos de un estudio realizado en Boston, Estados Unidos—. Sin embargo, lo que resulta curioso y digno de señalar es que cuando la madre trabaja también fuera de casa, y por tanto está menos tiempo con el bebé, juega más con su hijo durante el tiempo que lo tiene a su lado.

En todo caso, hay formas distintas de contacto entre el padre y el bebé y entre la madre y el bebé. Aparentemente, los padres mantienen más contacto físico con el niño y hacen juegos más violentos, como por ejemplo agitar fuertemente al bebé o incluso lanzarlo al aire. Así se establece, un contacto definido entre el bebé y el padre y ya a las dos o tres semanas se notan diferencias de actitud en el niño, cuando juega con el padre y con la madre. Como ha mostrado Brazelton, cuando juega con el padre el bebé mantiene los ojos más abiertos, es más juguetón y tiene una expresión más alegre. Se ha señalado que el juego de la madre es más didáctico y utiliza más los objetos mientras que el juego del padre es más físico y estimulante. La función que desempeñan el padre y la madre en la crianza del niño influye sobre el tiempo de juego, pero en cambio no parece influir sobre ese distinto modo de jugar con los niños que tienen los padres y las madres. Entre los restantes primates también los machos realizan un juego fundamentalmente de carácter físico.

Sin embargo, hay otro elemento importante que hay que tener en cuenta por su gran importancia respecto a la interacción de los progenitores con el bebé: se trata del sexo del bebé. Se ha señalado que, por lo general, en estudios referidos a la sociedad occidental, parecen existir preferencias por los bebés del sexo masculino, quizá debido al carácter machista de la sociedad.

Desde el momento del nacimiento, el padre interactúa más con el varón, mientras que la madre lo hace más con la niña. Parke y Sawin han mostrado además que, no sólo los padres juegan más con los hijos sino, que también el trato es distinto. A las niñas es frecuente que las mantengan abrazadas y pegadas al cuerpo, mientras que a los niños los mantienen en el aire más alejados. En cambio, las madres establecen un contacto físico más estrecho con los niños.

Otros estudios han señalado, que el padre mueve más al varón y vocaliza más con la niña. Todo esto va a tener una gran importancia respecto a la tipificación sexual, es decir, sobre cómo se adopta el sexo psicológico y de conducta. La tipificación sexual comienza desde el momento del nacimiento.

Rubin, Provenzano y Luria han mostrado que los padres, antes de haber cogido a sus hijos recién nacidos por primera vez, describen ya a los varones como más robustos y más despiertos que a las niñas, y a éstas las describen como más delicadas, más débiles, de rasgos más finos. Esto ya desde el momento del nacimiento y antes de haber tenido cualquier contacto físico. Evidentemente, sólo se trata de un prejuicio de tipo social, pero que puede afectar a todo el comportamiento social posterior.

En resumen, puede decirse que desde el nacimiento se trata ya al niño de distinta forma que a la niña y que a su vez el padre y la madre tratan de distinta manera a sus hijos.



RESUMEN

Cómo minimizar el negativismo

Los terribles “dos años”, periodo en el cual los niños parecen expresar su necesidad de autonomía resistiéndose casi a todo lo que se le pide que hagan, son una etapa perfectamente normal que con frecuencia continúa a lo largo de los años preescolares. Pero no todos los niños son igualmente negativos.

No obstante, muchos parecen desear importunar o “jugar” con sus padres y no ser tomados en serio.

Es más probable que, los padres flexibles que ven las expresiones de un niño porfiado como una lucha por la independencia, no como testarudez, tengan preescolares dóciles. Cierta cantidad de oposición es indudablemente saludable.

Los padres pueden evitar conflictos excesivos y contribuir al sentido de competencia del niño al tener en cuenta las siguientes sugerencias (Haswell, Ck y Wenar):

- No interrumpa una actividad a menos que sea necesario: trate de esperar hasta que la atención del niño haya cambiado a otra cosa. Si una actividad debe interrumpirse, adviértalo de antemano: “En 10 minutos, será tiempo de guardar los juguetes y de venir a cenar”. Esto le da al niño tiempo para adaptarse y quizá de terminar lo que está haciendo.
- Sugíerale, no le ordene. Acompañe las peticiones con sonrisas o abrazos, no críticas, amenazas o control físico.
- Espere un momento antes de repetir la solicitud cuando un niño no la cumple inmediatamente.
- Proporcione al niño una probabilidad incluso una limitada. De esta forma el niño siente que tiene el control. (“¿Te gustaría bañarte ahora o en cinco minutos?”)

- Sea consistente en la disciplina.
- Cuando usted y su hijo se vean involucrados en una discusión fuerte, tómese un tiempo. Deje al niño solo por unos minutos: la resistencia puede disminuir o incluso desaparecer.

Cómo aplicar los hallazgos de la investigación

Si usted es padre, o está a punto de serlo, o si tiene la oportunidad de cuidar a niños que empiezan a caminar, puede poner en práctica algunos de los más importantes descubrimientos que surgieron de la investigación reciente sobre el desarrollo del niño.

Las cuatro recomendaciones siguientes son sólo una muestra, basadas en las teorías:

1. Responda a las señales de los bebés. Esta es la única cosa más importante que los que proporcionan cuidados pueden hacer. Suplir las necesidades de un infante bien sea alimento, caricias o comodidad, establece un sentido de confianza de que el mundo es un lugar amigable. Responder al llanto o a las peticiones de ayuda, proporciona al bebé un sentido de tener la medida de control sobre su vida, una conciencia importante del desarrollo emocional e intelectual. Los adultos, con frecuencia, se preocupan por malcriar a los niños al reaccionar muy rápido en satisfacer sus necesidades, pero los niños que más tienen problemas en la vida, son aquéllos cuyas necesidades no son satisfechas.

2. Proporcione cosas interesantes para que los bebés miren y hagan. Primero, al mirar un móvil que cuelga arriba de su cuna y luego, colgando juguetes brillantes y simples objetos caseros, los bebés aprenderán acerca de las formas, tamaños y texturas. Jugar les ayuda a desarrollar sus sentidos y habilidades motores. Y manejar los objetos, les ayuda a darse cuenta de las diferencias entre ellos mismos y las cosas que están separadas de ellos.

3. Sea paciente. Cuando un bebé siga lanzando juguetes u otros objetos fuera de la cuna o de su silla, recuerde que el propósito no es molestar sino aprender.

Al lanzar los objetos, los bebés aprenden tales conceptos como espacio y distancia, lo que pueden hacer con las manos y el hecho de que los objetos siguen siendo los mismos incluso cuando son trasladados a un sitio diferente. Puede ser más fácil para su espalda y para su disposición de ánimo si usted ata uno o dos artículos a una cuerda o las une de tal manera, que puedan ser levantados cada vez. Por supuesto, no deje la cuerda cerca de un bebé que éste solo —ni deje al bebé solo en una silla alta—.

4. De libertad para explorar. Es mejor acondicionar un cuarto a prueba de niños, que limitar al bebé a un parque. Guarde todo lo que se pueda romper, objetos pequeños que puedan tragarse y objetos afilados que puedan cortar. Aprisione los libros en una biblioteca de tal manera que queden tan apretados como para que un bebé no pueda sacarlos. Pero deje suficientes objetos irrompibles alrededor, para que él pueda explorar. Los bebés necesitan oportunidades de gatear y eventualmente de caminar, para ejercitar sus músculos.

Necesitan aprender acerca de su medio ambiente, para tener un sentido de dominio sobre él. También necesitan libertad para salir por su propia cuenta (bajo vigilancia de uno de los padres o de alguien que los cuide) y desarrollar un sentido de independencia.